TRIBUNAL CALIFICADOR de la convocatoria para la provisión, mediante oposición, de **136 plazas** del puesto de trabajo de **Auxiliar Administrativo** al servicio de la Administración de la Comunidad Foral de Navarra y sus organismos autónomos

(Boletín Oficial de Navarra nº 108, de 05/06/2019)

SEGUNDO EJERCICIO de la SEGUNDA PRUEBA de la oposición

Jueves, 4 de junio de 2020

Código del texto:

txt05

No éramos una secta ni un partido político. No formábamos parte de una fundación ni de ninguna organización oficial. No teníamos asistencia social, no sabíamos dónde dormiríamos ni lo qué comeríamos. Dependíamos de las dádivas espontáneas de la gente, y cada tanto nos duchábamos en albergues comunitarios.

Éramos una banda de soñadores que quería cambiar el mundo, por lo menos nuestro mundo. Todavía no sabíamos si lo lograríamos o si sólo generaríamos más confusión. Pero a mí, la vida empezaba a parecerme adorable. Una experiencia sociológica agradable, a pesar de estar cargada de incógnitas.

Algunas personas empezaban a reconocer al maestro por haberlo visto en los medios. Lo paraban y se acercaban a contarle sus problemas. Él los atendía con placer. Después de escucharlos durante minutos u horas, los alentaba a que tomaran decisiones y entendieran que toda decisión trae frustraciones y no solamente beneficios.

Poco a poco, fue sumando discípulos. Unos más interesantes que otros. Las golondrinas estaban aprendiendo a bailar en un sistema que quería quebrar sus alas. Pero aprendimos a no hacer grandes planes para el futuro. El futuro no nos pertenecía. La vida era una fiesta, aunque el vino siempre se acabase. Aprendíamos a besar a los ancianos y a sentir las huellas del tiempo. Aprendíamos a prestar atención a los niños y a deleitarnos con su ingenuidad. A conversar con los mendigos y recorrer sus mundos increíbles. Padres, monjas, pastores, musulmanes, budistas, fóbicos… Había tantas personas bellas a nuestro alrededor, pero casi no figuran en las estadísticas sociológicas.

Una sensibilidad extraña a mi personalidad comenzaba a invadirme; de todos modos, mi egoísmo no había muerto del todo y seguía latente. Recordé las películas de acción que había visto. En ellas siempre morían innumerables desconocidos, meros extras, a manos de la policía, sin que nos diéramos cuenta de que cada desconocido anónimo de la vida real posee un mundo indescifrable, con miedos y amores, actos valientes y cobardes.

Para el maestro, en la sociedad no había extras. Él elogiaba a los miserables, los invitaba a que fuesen sus amigos. Los que vivían al margen del sistema eran importantes para él. Cuando pensaba que mi sensibilidad estaba aumentando, un “extra” pasó por mi vida y me hizo ver que todavía seguía siendo bastante insensible y que necesitaba mucho combustible para cambiar. Estábamos en la avenida Presidente Kennedy y de repente vimos a un joven de poco más de 20 años. Medía un metro 80, tenía el cabello ondulado y la piel oscura. Su nombre era Salomón Salles. Hacía gestos extraños, que llamaban la atención hasta de los niños. Movía el cuello aceleradamente, flexionando la base del mismo hacia arriba y hacia la izquierda. Guiñaba el ojo compulsivamente. Antes de traspasar cualquier puerta daba tres saltos, porque pensaba que si no lo hacía alguien de su familia moriría. Sufría un grave trastorno obsesivo compulsivo.

Además de todos los extravagantes rituales que ya he mencionado, lo más gracioso y extraño era que Salomón no podía ver un hueco o abertura en cualquier pared, muro, mueble o suelo sin desear meter allí el dedo. Cuando lo vimos por primera vez, estaba agachado, tratando de introducir el dedo en algunos pequeños orificios de la acera.

Los transeúntes se burlaban de él. Nosotros tampoco pudimos contener la risa. Nos parecía que habíamos encontrado a alguien más trastornado que todos nosotros. Pero al maestro no le gustó nuestra reacción.

-¿Ese joven es más frágil o más fuerte que nosotros?, nos preguntó. ¿Cuál es el precio que paga por expresar sus rituales en público? ¿Es un cobarde o se trata de alguien dotado de un coraje destacable? No sé en lo que respecta a vosotros, pero sin duda es más fuerte que yo.

Nos callamos, pero él continuó:

-¿Cuántas veces creéis que este hombre se ha sentido en el centro de un circo sin desearlo, como ahora? ¿Cuántas noches de insomnio ha sufrido pensando en las carcajadas de los transeúntes? ¿Cuántas veces ha sido prisionero de las trampas inhumanas del prejuicio?

Y para hacernos sentir todavía más el olor fétido de nuestra discriminación, concluyó: La crítica hiere a las personas, el prejuicio, las anula.

Siempre que el maestro analizaba la mente de los otros, nos dejaba desnudos. Descubrí que incluso personas como yo, que siempre había defendido los derechos humanos, eran terriblemente prejuiciosas en algunas áreas, aunque se manifestara de forma sutil, no con una sonrisa disfrazada o una silenciosa indiferencia. Somos peores que los vampiros. Matamos sin chupar la sangre.

-Si queréis aprender a vender el sueño de la solidaridad, tendréis que aprender a percibir las lágrimas nunca derramadas, las angustias nunca verbalizadas, los temores no expresados. Los que no desarrollen estas habilidades tendrán rastros de psicopatía aunque vivan en ambientes insospechados, como en los templos de las universidades, o en los templos empresariales, políticos o religiosos. Presionarán, herirán, vulnerarán sin sentir el dolor de los otros. ¿Vosotros formáis parte de esa estirpe?, nos preguntó.

Inspiré profundamente, tratando de oxigenar mi cerebro. ¿Tendría yo rastros de psicopatía? Los psicópatas clásicos son fácilmente reconocibles, pero los que tienen rastros sutiles pueden disfrazar su insensibilidad incluso detrás de sus títulos académicos, su ética o su espiritualidad. Yo disimulaba mi psicopatía.